

# LOS CEROS



GALERÍA DE CONTEMPORÁNEOS

POR CERO



MÉXICO

IMPRESA DE F. DIAZ DE LEON, EDITOR,  
CALLE DE LERDO N.º 3.

1882

PQ 7151  
.R48



## PRÓLOGO

**C**ABALLERO andante sin amores—decía D. Quijote— es árbol sin hojas y sin frutos, y cuerpo sin alma.»

¿Qué diré yo en los tiempos que corren, de un libro que no tenga prólogo y advertencia del editor? Y eso á buen componer, porque algunas veces sucede como en la *Cármén* de Pedro Castera, que el autor del libro hace descolgarse sobre el público de buena fe, amén de un prólogo con pretensiones de filosófico, escrito por un amigo del autor, un aguacero de cartas que, como certificados de buena conducta, y corroborando aquello de *satisfaccion no pedida, acusacion manifiesta*, llegan, á la sombra de más ó ménos conocidas firmas, á referir en todos los tonos, en todos los estilos, y casi en todos los idiomas (porque hay algunas que parecen escritas en francés, y otras en inglés, y otras en italiano), que aquel libro es el mejor de los libros, aquel autor el mejor de los autores, y aquel público el mejor de los públicos.

Y nada voy á decir de nuevo (porque es seguro que muchos lo han de haber dicho ya) del prólogo de nuestro buen Vigil en su traducción



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

de *Pérsio*; que va la obra del satírico latino, entre el prólogo y las notas, como un chico que ha roto un farol y camina entre dos gendarmes á la Comisaría.

Hasta el amable Luis G. Ortiz arrima su prologuito á su traducción de *Francesca de Rimini*.

Libros hay, como el de Coquelin sobre el crédito y los bancos, en que vale tanto la introducción como la obra; y el pensador Renan dispara introducciones que, sólo por ser tan buenas, no parecen tan largas.

Y á propósito de Renan, me ocurre aquí tomar su defensa aunque no tenga yo poder jurídico para ello. Un señor D. Armando Palacio Valdés, primer Secretario de la sección de Ciencias Morales y Políticas del ATENEO de Madrid, en un libro que se llama *Los Oradores del Ateneo*, se nos viene magistralmente diciendo: «Ernesto Renan ha convertido en sistema lo que no pasaba de vergonzante inclinación, pretendiendo sustituir á la aristocracia de la sangre, que ya no tiene ninguna significación positiva en nuestra época, otra más verdadera y respetable: la del talento.»

Sr. D. Armando: con toda la consideración que vd. me merece, me atrevería á preguntarle: ¿en dónde ha dicho Renan semejante cosa, ni de donde lo puede vd. haber inferido? Precisamente en la obra de Renan titulada: *Ensayos de Moral y de Crítica*, en el ensayo sobre M. de Lacy, dice expresamente: «la honradez es la verdadera aristocracia de nuestros días.»

La cita no puede ser más clara; pero además, en otra obra titulada: *Cuestiones contemporáneas*, en el estudio sobre *Filosofía de la Historia contemporánea*, tiene Renan un párrafo que no parece sino que lo escribió á propósito, para quitarse de encima el peso del falso testimonio que le ha levantado el señor Secretario de la sección de Ciencias Morales y Políticas del ATENEO de Madrid; dice así: «los liberales participan de

la idea, muy extendida entre nosotros, que los puestos son debidos al mérito, y que el hombre de talento tiene una especie de derecho natural para ser funcionario en su país: siendo así que el hombre de talento no tiene más que un derecho (derecho que es comun á todos), y es desarrollarse libremente; es decir, no encontrar en el Gobierno un rival celoso que le oprima ó que le haga una competencia desleal.»

Pero volvamos á lo del prólogo: yo tenía necesidad de escribir éste, ya que los artículos de *Cero* van á coleccionarse y á salir á la luz pública con toda la majestad de un libro.

Bueno sería también que el editor pusiera, como es usanza, una advertencia encomiando la obra y de paso al autor; pero es pensar en devaneos figurarse que este D. Francisco Díaz de Leon, notabilidad en honradez y en tipografía, se metiera, como decían nuestros antepasados, en la renta del excusado.

Y buena falta que le hace á este libro y á su autor la tal Advertencia: tentado me encuentro de suplantar ese trabajo y apoderarme del nombre del editor y fingir un articulito que vaya ántes que el prólogo: pero tropiezo con dos inconvenientes: que yo no conozco el estilo de Díaz de Leon, y que, aun cuando lo conociese, buen cuidado tendría él de que dicha advertencia no se publicara.

Pero, ¡ah! . . . Si yo pudiera . . . Van á ver vdes. un rasgo de cómo escribiría yo esa advertencia; en pocos renglones se puede formar idea de lo que contendría toda ella, porque como dice un refrán vulgar entre nosotros, «para muestra basta un botón,» y allá va eso; diría el editor:

«La obra que tengo la honra de presentar al público es quizá el más importante trabajo literario que en el idioma de Cervantes ha hecho «crujir las prensas desde la invención del arte tipográfico.

«El autor de esta obra (una de nuestras más brillantes glorias litera-

«rias) se oculta bajo el pseudónimo de *Cero*, más por modestia, virtud «propia de las altas personalidades, que por la maligna intencion de hacer «un carnaval literario.»

Y luego más adelante:

«Difícil cuanto dispendiosa ha sido para el editor de esta obra, la em- «presa de recoger los dispersos artículos de *Cero* impresos en el perió- «dico *La República*, porque el distinguido mérito literario de ellos, ha «sido causa de que se busquen y se guarden por todos los hombres de «buen gusto, como joyas exquisitas; que sólo á precio de ruegos, empe- «ños, digustos y hasta grandes sacrificios en numerario ó en billetes al «portador, emitidos por algunos de los bancos de esta capital, se ha po- «dido obtener la coleccion.»

Con estas y otras ligeras alabanzas por el estilo, puede que ya hubiera yo quedado un poco tranquilo.

Y no digas, lector, que me ciegan la ambicion ó el amor propio, por- que yo no quiero más que lo que se le da á todo el mundo; y si no, si no es esto lo que se le da á todo el mundo, consiento, si digo una mentira. . . . ; en qué consentiré para castigarme? . . . ¡Vamos! Con- siento en que Rodriguez y Cos ponga todo este tomo de *Ceros* en octa- vas reales y me regale un ejemplar, y me venga á preguntar todos los días adónde voy, qué he leído y qué opinion tengo. Consiento en estar en la Cámara de diputados durante una discusion en que tomen la pala- bra Justo Sierra, y Joaquin Alcalde, y Juan Mateos, y Sanchez Facio. Consiento, en fin, en que de una tirada me lea Malanco todo su infor- me sobre hospitales, ó Juan Peza la Constitucion de 57 en décimas.

Ves, lector, que no me paro en precio, y que despues de esto, nada tendria yo que envidiarles á aquellos Brahmas á quienes los poetas Val- miky y Kalidasa llaman ricos en tesoros de mortificacion y penitencia.

Pues digo que todo esto y más estoy dispuesto á sufrir si no es ver-

dad que hoy nuestros periódicos no hablan de un hombre público á quien no le llamen *eminente*; no hablan de un poeta á quien no le digan *inspirado*; y son así, todos los generales, *esforzados* y *valientes*; todos los magistrados, *integérrimos*; todos los publicistas, *sabios*; todos los diputa- dos, *patriotas* y *elocuentes*, que tambien el silencio tiene su elocuencia; todos los financieros, *hábiles*; todos los escritores, *chispeantes*, aunque no dicen si serán chispas de las que salen del hierro al majar, ó de las que, en el lenguaje del pueblo, salen de las *cantinas*, al tomar; y por úl- timo, toda institucion es *benéfica*, y toda medida *acertada*, y toda resolu- cion del Gobierno *salvadora*.

Pasemos á otro punto: lector, si yo te hubiera dicho mi nombre al escribir estos artículos, me hubieras calificado, no por ellos sino por mí, porque ya me conoces; pero como por fortuna yo tambien te conozco á tí, no te pongo quién soy, para que no te tomes el trabajo de hablar mal de mí y de mi libro; conténtate con murmurar de él, que yo hago contigo en esto lo que el torero en los lances supremos: deja la capa y se pone en salvo, y como de esta capa que te dejo tengo la seguridad que no es la del casto José, porque accion tan gloriosa no se cuenta en los anales de mi familia, ni de mí, ni de ninguno de mis ilustres ante- pasados, quedo tranquilo con la seguridad de que tal resolucion no me hará, como al hijo de Jacob, arrastrar el ridículo al través de treinta si- glos. En fin, para concluir, vóyete lector á poner este epigrama de Mar- cial:

*Seria quum possim, quod delectantia malim  
Scribere, tu causa es, lector amice. . . .*

que no te traduzco en verso porque no tengo humor de andar en busca de consonantes hoy que todo el mundo en México anda en busca de negocios con el Gobierno, de subvenciones para ferrocarriles, de conce- siones para establecer bancos, de intervenciones de vias férreas, de con-

tratos de colonización y de otras pequeñeces por el estilo que modestamente puedan dar una rentecilla de diez ó doce mil duros anuales; pero esos versos latinos dicen que dicen: «lector, si en lugar de ocuparme «en escribir como pudiera, alguna obra sería, prefiero estos asuntos de mera diversion, tú tienes la culpa.»

Concluyo el prólogo diciéndote, caro lector, con el famoso D. Francisco Manuel de Melo, en su *Guerra de Cataluña*:

«Yo te inculco mi juicio como le he recibido en suerte; no te ofrezco mi persona, que no es del caso para que perdones ó condenes mis escritos. Si no te agrado, no vuelvas á leerme; y si te obligo, perdónote el agradecimiento; no es temor, como no es vanidad. Largo es el teatro, dilatada la tragedia; otra vez nos toparémos; ya me conocerás por la voz; yo á tí por la censura.»

#### CERO.





LUIS MALANCO.



## LUIS MALANCO

COMO una prueba de que la fecundidad no es el único título que tiene un escritor para ser conocido en el mundo de la literatura, vamos á ocuparnos hoy de nuestro amigo Luis Malanco; y basta que le llamemos nuestro amigo, para que se comprenda que hemos de tratarle como á *l'enfant gaté* de nuestro peine crítico, que siempre procuramos pasar con dulzura sobre la cabeza de nuestros escogidos, y el cual, si bien algunas veces produce sensaciones desagradables, eso depende de que inadvertidamente peinamos contra el pelo, que es como quien afeita para arriba, ó como el chico que usaba un cepillo para alisar al gato de su abuelita.

Luis Malanco ha escrito poco, pero todo con buena fe y, como dirían nuestros padres, concienzudamente; por-

que Malanco para escribir un artículo de dos columnas, consulta veinte libros, treinta periódicos, cuarenta folletos, cincuenta manuscritos; lo lee sesenta veces, lo corrige setenta, lo consulta ochenta, y vacila cien ántes de publicarlo, y despues de estas operaciones que hacen de cada una de sus obras el resultado de más complicadas ocupaciones que las que se necesitan para hacer una aguja, el artículo ve la luz, y las gentes le leen con satisfaccion.

Apénas habrá ejemplo de un hombre cuyo carácter esté más en armonía con sus producciones, que Malanco.

Desde que Buffon dijo «el estilo es el hombre,» ya todo el mundo ha creído esto como un artículo de fe; y de seguro que los que leen á Fígaro, se figuran en Larra, no el sombrío suicida, sino una especie de polichinela diciendo chistes todo el día; y al través de los chispeantes y graciosos versos de Quevedo, se imaginan descubrir, no al austero teólogo cubierto con negro ropaje y con sus enormes gafas sobre la nariz, sino un calavera alegre, osado y decidor, como el famoso conde de Villamediana.

El estilo es el hombre; y sin embargo, el famoso Sheridan, el elocuente orador británico que asombró al Parlamento con sus profundas doctrinas de moral y de economía política, en la cuestion de las factorías inglesas en la India, era tan calavera, que mandaba pedir á una zapatería, para prueba, botas del pié derecho, y á otra del pié izquierdo, para completar un par y salir alegremente á la calle.

Caton asombra con la austeridad de sus doctrinas; su nombre ha pasado á la posteridad como la cifra de la virtud estóica, y sin embargo, César le probó, y los historiadores están conformes con César, que el severo censor adiestraba á sus jóvenes esclavas en los encantos del amor, á fin de sacar con ellas una renta que aumentara su capital, para el cual no echó en olvido ni la planchuela de oro de los dientes postizos de su hermano Cepion, que extrajo de las cenizas despues de la cremacion del cadáver, segun las costumbres romanas. Tambien este cuento es de César, y César no se paraba en nada al hablar en contra de sus enemigos.

Insensiblemente hemos ido á dar hasta Roma y hasta César, hablando de Malanco; pero este es uno de los efectos del magnetismo: Malanco ha estado de Secretario de la Legacion Mexicana en Roma, y ha hecho un viaje á Egipto, y nos ha escrito un artículo sobre el Nilo, y otro sobre Alejandría, recordando que los caballos de Julio César abrevaron en el rio sagrado, y que sus soldados quemaron la biblioteca de la ciudad fundada por el hijo de Filipo de Macedonia.

Malanco es igual á sus escritos: como sus pensamientos son para sus amigos, nunca escribe un artículo que no esté dedicado á alguno de ellos; y como siempre procura que en esos artículos haya alguna noticia curiosa y extraña, así procura tambien tener en su casa todas las curiosidades que puede.

Guarda en su museo unas piedras de Belem, y el general Riva Palacio dice que realmente son de Belem, porque se las regaló *Cristalito*. Guarda un frasco con agua del Jordan, y el mismo autor citado asegura que ese Jordan es el baño de caballos que está por el rumbo de las Delicias.

Conserva cuidadosamente tierra del Calvario, y el dicho autor agrega, que la recogió en su sombrero sobre la calle del mismo nombre, al Sur de la Alameda. Y la arena del desierto, que enseña con mucha satisfacción, es legítima del convento del Desierto de Carmelitas que está en Cuajimalpa.

Malanco lleva estas bromas sobre sus curiosidades, no sólo con tranquilidad, sino hasta con gusto, porque para él sus amigos son todo.

Malanco tiene un estilo peculiar. Difícil será describirlo, pero fácil de comprender con un ejemplo: supongamos que está hablando de México en el mismo tono que habló del Valle de Josafat ó de las Pirámides; entonces diría:

«México ha sido patriota con Juárez; mártir con Hidalgo; guerrero con Morelos; constante con Guerrero; orador con Pedraza; poeta con Quintana Roo; santo con Felipe de Jesús y con Bartolomé Gutierrez; festivo con Guillermo Prieto; pintor con Cabrera; escultor con Noreña; impresor con Cumplido; editor con Díaz de León; químico con Río de la Loza; astrónomo con Jiménez: Mé-

xico ha pensado con el cerebro de Zavala; ha cantado con la lira de Justo Sierra; ha escrutado los espacios celestes con Díaz Covarrúbias; ha reido del orgullo humano con Ramírez; ha levantado monumentos imperecederos con Tolsa; ha conjugado los verbos irregulares con Marroqui; ha profundizado la sintáxis con Rafael Ángel de la Peña; ha domado caballos salvajes con D. Ignacio Mejía; ha amodorrado á sus lectores con Vigil; ha protegido al marqués de Carmona con Emilio Velasco; ha convertido en chinampa el atrio de Catedral con Eugenio Barreiro; ha destrozado la Alameda con Bejarano; ha sido la última vela con Juan Mateos; ha crucificado el gusto arquitectónico en la fachada del Hospicio con Torres Torija; ha trasportado á sus calles los precipicios de los Andes con el Municipio; ha contrariado el *fiat lux* con Knight: en México ha vivido Humboldt; ha comido D. Carlos; ha dormido Grant; ha cenado la Ristori; ha roncado Tamberlik; ha ejercido sin éxito el Dr. Frimont; ha poetizado Zamacois; ha florecido Gerardo López del Castillo; se ha vigorizado el Dr. Peredo; ha deslumbrado Cantoya; ha encantado Alegría; ha tocado León; ha predicado el padre Davis; ha aterrorizado Guillermo Valle; ha curado Bianchi.

«Por aquellas amplias calles han pasado los gendarmes de Ugalde; en aquellas plazas se han estacionado los *simones* de Vanegas; en aquellos paseos han corrido los chicos de las escuelas municipales; en aquellos portales han

gritado los billetteros; en aquellas charcas han abrevado los burros de los indios y han cantado las ranas de los españoles; en aquellas torres se han parado los zopilotes; han repicado las monjas; han *doblado* los sacristanes; se han fortificado los pronunciados del tiempo de D. Anastasio Bustamante; han anidado las lechuzas; han ocultado su vergüenza los murciélagos: en aquellos canales transparentes han navegado los bergantines de Cortés; han naufragado las piraguas de Guatimotzin; han sido robadas las *trajineras* de Chalco; han lavado sus lienzos las vírgenes del barrio del Pipis; han humedecido sus capas los ensabanados de Xochimilco; han apagado su sed los perros del barrio de la Palma; han llenado sus cubetas los matadores del Rastro; han adobado sus pieles los curtidores del barrio de San Pablo; han resonado los bandolones de los días de campo; han flotado las abandonadas hojas de los tamales; han hecho un surco como la vía láctea los restos del pulque y del atole de leche; han nadado las cáscaras de tuna y de naranja, y se ha retratado una vez por siglo la imponente figura de un gendarme: en aquellos museos se conservan como reliquias santas una ténia de Vallarta; los cálculos hepáticos del Ministro Montes; una guedeja gris de Mr. Zamcona; unos lentes del senador Raygosa; la espesa cabellera del general Carrillo; el cráneo de Eduardo Garay cuando era niño; el cráneo de Eduardo Garay cuando era hombre; la pluma con que Rodríguez y Cos escribió

*El Anáhuac*; el tintero que usó Pizarro Suarez para escribir *El Monedero*; el papel con que Justo Sierra debió de haber escrito *El Angel del Porvenir*; un brindis que Alcaraz debió de haber pronunciado si Juarez hubiera vivido y hubiera dado un convite y le hubiera convidado el año de 1881; una coleccion completa de leyes que no se observan desde la independencia hasta la fecha.»

El estilo no estará muy bien imitado, pero él es.

Malanco tiene mucho de arabismo en sus escritos; por ejemplo, si habla del desierto, dice: los árabes le llaman *bahr*, que quiere decir: inmenso. Esto es muy útil y muy cómodo; una palabra árabe puede ser todo un calificativo ó una descripción lo más extensa que se desee.

Con ese sistema, si Malanco escribiera un viaje á México, tendría mucho que decir, y el árabe haría mucho papel en la descripción de la ciudad; verbi gracia:

«Llegué á México en la estación de aguas; las calles estaban llenas de lodo: á esto los árabes le llaman *ajamaz*, es decir, *pantanos urbanos*.

«Tomamos un coche de alquiler; los españoles y los mexicanos le llaman á esto *un simon*, los árabes le llaman *il-man-man-jan*, que significa: cajeta vieja tirada por mulas éticas.

«Pasamos cerca de un paseo; estaba desierto, tenía el aspecto de un cementerio de las ciudades de tercera clase de Egipto: los mexicanos le llaman *alameda*; los árabes, con su estilo elegante y figurado, le llaman *ma-jun-mah-*

*juin*, que quiere decir: *olvidada del municipio*: allí vimos unas fuentes de esas que en lengua oriental se llaman *kal-mon-lin*, que quiere decir: *siempre secas*.

«Sonó un reloj y dió las cinco; habíamos andado cincuenta metros cuando otro reloj llamó nuestra atención dando siete sonoras campanadas; poco después en otro reloj sonaron las cuatro y cuarto, lo que prueba que en esa ciudad cada reloj marca un tiempo particular. Los árabes le llaman á este fenómeno *Rablún jimelá*, que quiere decir: *descuido de los regidores*. . . .

«Después de comer salimos á dar una vuelta: había anocheado; largas hileras de faroles con una luz semejante á las de esas lamparillas que se usan en las alcobas, nos producían el efecto de una inmensa procesion de fumadores con su cigarro en la mano. Los árabes llamarían á este alumbrado *Domeil jaraú*, poética frase que quiere decir: moribundo pigmeo de quien se burlan las tinieblas. Sin embargo, á este alumbrado los mexicanos le llaman de gas, y los hijos del profeta le designan con el nombre de *jis-li-mi-nim*, equivalente á: Empresa que se burla del público, ó mejor dicho, á: público que se deja burlar por la Empresa.

«Comenzamos á caminar; cada dos pasos nos costaban un tropezon, y cada cuatro una caída. Ibamos por lo que los mexicanos llaman *banqueta*, y los árabes *braumo hum* que significa: escabrosidades en que peligra la existencia.»

Las comparaciones y las figuras poéticas forman el en-

canto de Malanco. No recordamos precisamente ningún trozo de sus escritos para citarlo, ni tenemos á la mano un ejemplar para sacar una copia; pero siguiendo el camino que nos hemos trazado, escribiremos algo en su estilo.

Supongamos que sigue hablando de su paseo en México; diría:

«A la mañana siguiente salimos á la calle: el cielo estaba azul y sereno como los rayos de luz que pasando al través de un zafiro, cayeran sobre el seno turgente y blanco de una odalisca. Algunas nubecillas de plata flotaban en aquella atmósfera inundada por los rayos brillantes del sol tropical, como el velo de una hurí arrebatado por los vientos perfumados del paraíso del Profeta. A cada paso tropezábamos con perros que no tienen dueño; que viven á expensas del público; que amenazan al transeunte; que se multiplican; que son como las moscas que cayeron sobre el Egipto cuando el Faraon rebelde impedía la salida del pueblo de Abraham y de Jacob y de Isaac y de Moisés y de Agar y de Ismael.

«Tal abundancia de perros vagabundos sólo la hemos visto en los barrios de Constantinopla, quizá porque aquí como allá, es desconocido el poder municipal, y los vecinos poco ó nada se cuidan de eso que en Francia se llama policía de seguridad, de salubridad y de ornato.

«México tiene algo de las ciudades semíticas, como Jerusalem, en lo abandonado y sucio de sus calles que re-

cuerdan los estragos de Tito. Se extraña la voluntad de Adriano y la iniciativa poderosa de Juliano el Apóstata para convertir en verdaderas vías públicas aquellas calles sinuosísimas que recuerdan el seco cauce del Cedron.

« Hay barrios de la ciudad abandonados por la mano protectora del municipio. Allí hemos visto una muchedumbre de seres desgraciados viviendo en la miseria, como los restos últimos del poderoso pueblo de Salomon despues del espantosísimo sacudimiento de Juan de Guischala, Simon de Gioras y Eleazar, que trajeron sobre la hija de Sion las poderosas legiones de Vespasiano.»

Al leer nuestro artículo estamos seguros de que dirá Malanco: esto se llama en árabe, *ras-chis-blú-ji-lem*, que quiere decir: montaña de tonteras. Nosotros con humildad admitiremos la significacion y agregaremos, que sencillamente debian llamarle en el centro del Cairo, *zocodozoron*, es decir, cosas de Cero.

